

# La Emoción del Paisaje

230

\* \* \*

A propósito de la escasa emoción que sintiera al emprender por vez primera, en la época experimental de la aviación, un viaje en aeroplano, Julio Camba recordaba una anécdota de los poetas románticos franceses Gautier y Nerval. Ambos fueron a una playa normanda a conocer el mar. Aquél, ante la visión tan ansiada, se tendió en el suelo, a la espera de las poderosas sensaciones que el paisaje habría de provocar en su espíritu. Pero no hubo nada, absolutamente nada. Indignado consigo mismo, defraudado por su propia sensibilidad, pidió a su compañero que le diera un enérgico puntapié. Esperaba con él despertar la emotividad que el océano no había provocado de inmediato. Ni Camba en el avión, ni Gautier frente al mar, ni Neruda sobre la cúspide de Macchu-Picchu —el amigo Soto, solícito administrador del refugio de las famosas ruinas recuerda qué prosaicas palabras salieron de la boca del poeta chileno ante los testimonios de la grandeza incaica—, sintieron su alma vibrar ante la realidad maravillosa que poseyeron oportunamente. Me sucede algo semejante ahora, cuando en las noches del Caribe, cielo, luna, nubes y mar se ofrecen como un espectáculo esplendoroso.

Si no supiera de las experiencias arriba anotadas me sentiría infeliz, pero he reflexionado ya sobre el fenómeno y tengo una idea sobre lo que se puede llamar "emoción del paisaje". Ante todo, como alguien dijo, se trata, más que de la objetividad, de la subjetividad. El paisaje es, sin duda, un estado de alma. Si entre él y el que lo contempla no hay una relación sentimental, su belleza y magnificencia no se pierden, pero permanecen externas al observador. De lo contrario, los valores que posee se cargan de sentido y significación, y constituyen, no sólo un objeto, sino una emanación personal, una creación individual. Matad, sufrid, amad, etc. en un desierto, y amaréis ese desierto. ¿Por qué otra causa Raskolnicof vuelve al lugar de su crimen? Caro que esto puede llevar a la falacia de que no existe paisaje bello, pues todo depende de quien lo mira. La falsedad del aserto se destruye fácilmente. La belleza del paisaje existe por sí, y racionalmente se la capta en toda su fuerza, pero emocionalmente sólo nos llega cuando unimos a aquella operación intelectual otra de índole más cálida y vital: la sentimental.

Lo mismo, aunque en forma más compleja, sucede con el arte. Ese cuadro o esa obra de teatro me sobrecogen porque hay algo mío en ellos. Otros pueden tener valores notorios, a los cuales arribo a través de la inteligencia, pero aquéllos me contienen. El arte contemporáneo padece, al parecer, de separar radicalmente estos dos afluentes de la percepción estética. Y el arte abstracto, en consecuencia, sufre de la anomalía de reservar únicamente a la razón el acto de apreciar la pintura. Antes, en la época en que el que esto escribe vivía seducido por las teorías racionalistas sobre el arte, le parecía algo lógico dar vuelta de cabeza a una figura a una naturaleza muerta para prescindir del asunto de la tela y tener ante la vista exclusivamente su esencia plástica. Es decir, aceptaba la mutilación. Un cuadro puesto a la inversa no es nada. O, en todo caso, es una lucubración. Pero el arte se hace para emocionar, no hay tutías.

No demos gritos ante un paisaje nuevo porque será prueba de que fingimos. Veámoslo tranquilamente, como quien lee un libro en un idioma que estamos aprendiendo. Ahora bien, ahí donde nuestra vida tuvo un momento de dicha o de pesar, dejemos que nuestra sensibilidad eleve su ola de amor y ponga con ella, en las montañas o los llanos, en el mar o las frondas, en los amaneceres o los crepúsculos, lo que ellos pueden tener de trascendentales. En esto, como en tantas otras cosas, es el hombre la medida de todo.

La Habana, octubre, 1956.

*Sebastián Salazar Bondy*